

- ¡Abuela, no las encuentro! ¿Estás segura de que están por aquí? - gritó Ainize desde el dormitorio.

- ¡Mira en los cajones de la otra habitación, la que está cerrada! - sonó la voz de la abuela Carmen, mezclada con la de Belén Esteban desde la tele, criticando la injusticia del mundo con ella.

PLING: Baja yaaa

CLIC: Ya voy estoy buscando las pilas del mando para mi abuela y bajo

Ainize se acercó a la puerta cerrada del dormitorio, el que la abuela había cerrado cuando murió el abuelo Andrés. Empujó la manija mientras guardaba el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Manoteando la pared no consiguió encontrar el interruptor de la luz y se acercó a tientas hasta la ventana. Se entreveían las ranuras de luz a través de la persiana bajada y tiró fuerte de la cinta, levantando una explosión controlada de polvo en suspensión.

La habitación estaba igual que el día que murió el abuelo, con su pesada cama de madera de nogal, trasladada desde el pueblo como herencia para toda la vida, su enorme armario y una cómoda a juego. Una colcha blanca recargada y el papel pintado de los años 70, tan de moda entonces con sus formas de acanto y sus dorados pretenciosos, enmarcaban el único adorno del dormitorio, un crucifijo sobre la cama. Aún se distinguía, junto al armario, el recuadro del lugar en que había estado colgado el retrato de boda de sus abuelos, en tono más vivo que los apagados colores de alrededor.

En el dormitorio olía a cerrado, a humedad de olvido. En las esquinas de los techos asomaban manchas oscuras y las uniones del papel se abrían como cicatrices mal cerradas.

PLING: Mestas rayando joder, q la gente me mira en el portal

CLIC: Voy voy

Se sentó en la cama, agotada de ver siempre los mismos mensajes. Se le había borrado ya, en el archivo de mensajes, el primer corazón que le mandó cuando empezaron a salir en el instituto. Ya todos eran imperativos, urgentes. Solo algún perdóname menos reciente entre órdenes y avisos.

Siguió rebuscando en los cajones de la cómoda, con las guías casi bloqueadas por el hinchamiento de la humedad acumulada, y encontró varios juegos de sábanas bordadas conservadas del ajuar. En el último cajón por mirar, el marco de la foto de boda de los abuelos, vuelto boca abajo, sepultado entre fundas de almohada con encajes. Ainize se levantó, confusa, mirando la imagen casi desconocida de su abuelo Andrés, tan joven, tan risueño. El contraste con la abuela Carmen, seria, resignada, mirando a un infinito que debería abrirse radiante ante ella, le hizo mirar el móvil de manera automática, inconsciente.

Jokin le esperaba abajo. Su madre le había pedido que se acercase a buscarle las pilas del mando a distancia a la abuela, que no podía subir el volumen. -Acércate hija, le cambias las pilas al mando y ves cómo está, que eres la única a la que hace caso. Dile a Jokin que te lleve en moto, y así vas más rápido-.

La abuela, siempre callada, sola, muriéndose desde hace 20 años, como si la muerte de mi abuelo hubiese iniciado una cuenta atrás de tristeza y soledad.

Ainize se puso a deambular por la habitación, pensativa, rozando con el dedo la colcha, las vetas de madera del armario, las uniones entre las tiras del papel pintado. Sin pensar, empezó a estirar hacia arriba de una tira más suelta por la humedad y, sin hacer apenas fuerza, levantó más de cuarenta centímetros de papel, dejando la pared original al descubierto. Y en esa pared, una constelación de horror, una salpicadura de sangre en pequeños y negruzcos puntos coagulados, desde la cama hacia la pared, desde una cara que recibe un aprendizaje para siempre, hasta que la muerte nos separe.

Los mensajes seguían entrando, cada vez más rápido, ya todos en mayúsculas.

Ainize volvió a dejar todo como estaba: las persianas bajadas, las sábanas ordenadas, la foto escondida, incluso el papel despegado. Se acercó al salón y se sentó en el sofá con la abuela Carmen, sin prisa, tras haber subido el volumen de la tele en los botones traseros de la televisión. El móvil vibraba continuamente en un constante tintineo, pling, pling, pling, un mensaje tras otro. Ainize permaneció callada, cerca de la abuela, congeladas las dos en el tiempo, estatuas de sal en el sofá de tres plazas.

Por fin, respondiendo a un chasquido invisible en la sala, miró de frente, despertó de su letargo y se acercó a su abuela para darle un beso muy lento entre las arrugas de su cara y de sus penas. A las dos les brillaban los ojos.

Abrió la aplicación de WhatsApp de nuevo, bloqueó a Jokin y marcó el 016.

OLO  
Berango, 7/11/2023